

Domingo, 14 noviembre 2010
El Evangelio de hoy

Lc 21,5-19

Su recompensa será grande en el cielo

Cuando Lucas relata la Ascensión del Señor nos dice que dos hombres vestidos de blanco dijeron a los apóstoles que se quedaron mirando hacia lo alto: «Galileos, ¿qué hacen ahí mirando al cielo? Éste que les ha sido llevado, este mismo Jesús, vendrá así tal como lo han visto subir al cielo» (Hech 1,11). En los primeros años después de la Ascensión, los cristianos pensaban que la vuelta de Jesús sería pronto y a ese momento le llamaron el «día del Señor». Una cosa era clara; que ese día vendría imprevisto: «En lo que se refiere al tiempo y al momento, hermanos, no tienen necesidad de que les escriba. Ustedes mismos saben perfectamente que el Día del Señor ha de venir como un ladrón en la noche» (1 Tes 5,1-2). En el momento en que escribió esta carta a los cristianos de Tesalónica (año 51 d.C.) San Pablo estaba convencido de que él estaría vivo en ese día: «Los que murieron en Cristo resucitarán en primer lugar. Después nosotros, los que vivamos, los que quedemos, seremos arrebatados en nubes, junto con ellos, al encuentro del Señor» (1Tes 4,16-17).

¿De dónde sacan esta convicción? La forman de ciertas afirmaciones de Jesús. Después de indicar las señales del fin Jesús agrega: «Entonces verán venir al Hijo del hombre en una nube con gran poder y gloria... Yo les aseguro que no pasará esta generación hasta que todo esto suceda» (Lc 21,27.32). Y después de su resurrección en una de sus apariciones a los discípulos Jesús dice a Pedro, refiriéndose al discípulo amado: «Si yo quiero que él se quede hasta que yo venga, a ti ¿qué te importa? Tú, sígueme» (Jn 21,22). Pero cuando se escribió esa parte del IV Evangelio ese discípulo ya había muerto. Por eso el texto se ve en la obligación de dar una explicación: «Corrió entre los hermanos la voz de que este discípulo no moriría. Pero Jesús no había dicho a Pedro: "No morirá", sino: "Si quiero que se quede hasta que yo venga"» (Jn 21,23). Obviamente no quiso. Pronto se entendió que en esas expresiones Jesús hablaba a la manera de los profetas, que ven los eventos que anuncian para el futuro como ya ocurridos en el pasado o como ocurriendo en el presente. En sus últimas cartas se ve que Pablo ya ha adquirido la certeza de que la venida del Señor no será inminente y que él no estará vivo cuando eso ocurra: «Cuando aparezca Cristo, vida de ustedes, entonces también ustedes aparecerán gloriosos con él» (Col 3,4, año 61 d.C.).

Lucas, que fue compañero de misión de Pablo, cuando escribió su Evangelio tenía la convicción de que Dios tenía proyectado un tiempo para el desarrollo de la Iglesia. Por eso su obra comprende un segundo tomo dedicado a la Iglesia naciente y describe la difusión del Evangelio por obra de Pedro y Pablo «en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra» (Hech 1,8). El libro termina con Pablo evangelizando en Roma que era el centro.

Por eso, en el Evangelio de hoy Lucas se preocupa de separar las señales de la destrucción del templo de Jerusalén de las señales del fin del mundo. La muerte de Cristo y su resurrección al tercer día fue un signo de la destrucción del templo de Jerusalén y de la construcción de un templo nuevo en tres días. La clave de comprensión de ese signo lo indicó Jesús: «Destruyan este templo y yo en tres días lo levantaré» (Jn 2,19). El nuevo templo es el templo de su Cuerpo que es su Iglesia. Para el tiempo de la Iglesia, tiempo entre su venida en la humildad de nuestra carne y su venida con poder y gloria, Jesús nos anuncia tribulaciones y persecuciones, hasta el punto de decir: «Ustedes serán odiados por todos a causa de mi Nombre». La Iglesia está acostumbrada a las persecuciones. Lo raro y sospechoso sería que no las tuviera.

Si somos odiados por causa de nuestras injusticias y pecados, está bien, porque lo hemos merecido. Pero, si somos odiados por causa del Nombre de Cristo, entonces rige esta promesa suya: «Bienaventurados serán ustedes cuando los hombres los odien... por causa del Hijo del hombre. Alegrense ese día y salten de gozo, porque su recompensa será grande en el cielo» (Lc 6,22.23).

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de Los Ángeles